

ción de las almas y la extensión del reinado de Jesucristo. Prueba es de ello el haber conservado la raza indígena de casi todas sus vastísimas colonias, haber reconocido á los individuos los derechos y la igualdad que la dignidad humana reclama, haber elevado á la mujer á la dignidad de esposa del europeo, haber formado siempre la mayoría de la población con naturales del país, no con individuos de su propia raza.

Ninguna nación que no sea católica podrá presentar ejemplo análogo de civilización.

CAPÍTULO VII

CIVILIZACIÓN DE LOS INDIOS AMERICANOS

Uno de los capítulos más interesantes de la obra de Seaman, *Progress of Nations*, es el que lleva por epígrafe «Catholic America.» Y es tanto más convincente su testimonio en esta materia, cuanto que á mil leguas se traslucen sus pocas simpatías con Roma. Dignos son de ser conocidos algunos párrafos relativos á las influencias tan diversas del Catolicismo y protestantismo en la gran obra de difundir la civilización.

«Debemos confesar, en honor de las colonias españolas y portuguesas, de sus misioneros, y en general, de la política católica, que ellos conocieron el secreto de transformar las costumbres y el género de vida de más de veinte millones de indios americanos: mientras que los colonos anglosajones y germanos apenas si han ejercido influencia alguna favorable sobre unos 120.000, únicos restos que quedan de los aborígenas de la América del Norte. Los ingleses, escoceses y alemanes no guardaban consideración alguna, y casi ni sentimientos de humanidad para con los indios; mirábanlos como una casta degradada, cuyo trato era para ellos vitando: los enlaces matrimoniales de entrambas razas considerábanse como infamantes, y en algunas partes llegaron hasta á prohibirse por ley: ningún medio se puso en práctica para atraerlos á la vida social de los blancos, reprimir sus costumbres nómadas, é infundirles los hábitos del trabajo, con un sistema moderado y humanamente coercitivo, cual debe aplicarse en la infancia de toda sociedad.

»Las naciones católicas, por el contrario, siguieron una política diametralmente opuesta. Consideraron á los indios como miembros de la familia humana: dotados, por lo tanto, de en-

tendimiento con que perfeccionarse y de un alma que salvar. De aquí el no huir su trato, elevar á las indias á la calidad de esposas de los europeos, dictar unas mismas leyes para blancos y colorados, instruirlos en las artes útiles y en la industria, mejorar su condición, tanto física como moral, elevarlos en la escala de la civilización y convertirlos en un pueblo quieto, pacífico y regularmente industrial... En vista de tales resultados, ocurre preguntar: ¿cuál es aquí la política humana y cristiana, y cuál la egoísta é interesada?»

Los más de los escritores, por encontradas que sean sus opiniones políticas y religiosas, se expresan en idénticos términos cuando tratan el asunto á sangre fría y no movidos por la pasión. Pero todavía es más enfático Mr. Seaman en otra obra suya, *The American System of Government*, donde dice (pág. 64):

«Con nuestras tan ponderadas instituciones libres y civilización protestante, después de un período de doscientos cincuenta años, no hemos logrado sino medio civilizar á los 100.000 indios que han vivido á cuatro pasos de nosotros. Mientras que nuestros vecinos los españoles, con auxilio del clero católico, por medio de matrimonios mixtos y de un Gobierno y legislación acomodados, han sujetado al Evangelio y á vida civilizada á más de doce millones de indios, á quienes han elevado en la escala de la dignidad humana á un grado muy superior al que han alcanzado los aborígenas de nuestros dominios. En verdad que no tenemos por qué orgullecernos del éxito obtenido en nuestra empresa civilizadora y humanitaria.

Estas observaciones de Mr. Seaman, las veremos exactísimamente cumplidas si ligeramente recorremos los diversos países que componen la actual América. En los que hoy son territorios de los Estados Unidos, nos encontramos con los jesuitas franceses, consagrando innúmeros trabajos y aun sacrificando sus vidas por el bien de unas tribus de las más salvajes en el mismo salvajismo. De los labios de aquellos heroicos religiosos escucharon la historia de la cruz y aprendieron á adorar y amar á Aquel que murió por ellos. ¿En quién encontraron en todas ocasiones, un hermano, un amigo, un protector y maestro y consolador? En su querido «Ropa Negra,» como ellos le llamaban. Y ¿quién pudo demostrar al mundo, que la religión cristiana tiene el mágico poder de convertir hordas brutales y sanguinarias en pueblos pacíficos y legales, y de refrenar con las saludables riendas del temor divi-

no una naturaleza estragada por la sensualidad más repugnante y los vicios todos del paganismo? ¿Quién? El Santo «Ropa Negra.»

Y ¿quiénes eran, en cambio, los que en vista de tan prodigiosas transformaciones, confesándose impotentes para obrar tan señalados milagros de la gracia, carcomiéndose de celos y envidia, conseguían se diesen leyes encaminadas á entorpecer la benéfica influencia del «Ropa Negra,» y matar la fe y caridad divina en los corazones de los pocos indios supervivientes? ¿Quiénes? Los obispos y ministros protestantes. Ellos, sí; no por deseos de tomar sobre sus hombros la pesada carga de la evangelización, sino sólo por el placer de impedir los gloriosos progresos del Catolicismo, se complacían en poner todo género de trabas, hasta lograr, por último, arrancar á los jesuitas de sus amados indios, que huérfanos y desconsolados clamaban: Que el Gran Padre que está en Washington nos mande á los «Ropas Negras» que tanto nos aman y nos enseñan á nosotros y á nuestros hijos la manera de vivir y servir al Gran Espíritu. Pero todo en vano: la súplica se hacía á sordos (1).

Vengamos ahora á las que fueron colonias españolas: «En ellas—continúa hablando Mr. Seaman—los indios y mestizos son morigerados, sobrios, trabajadores y pacíficos; no como los negros y mulatos de todas las Indias, que están corrompidos por la laxitud de las leyes y las ambiciones políticas; de aquí que la primera sea una población mucho más civilizada que la segunda, aunque su desarrollo intelectual no sea mayor.»

De Méjico hablamos en otra parte. De Chile, nos dice Mr. Sea-

(1) Los protestantes colonizadores de la América del Norte no se contentaron con impedir á los indios el gran bien de su evangelización; hicieronles, además, cuanto mal pudieron. La historia de este país, por lo que se refiere á las relaciones entre las dos razas, puede resumirse en este solo hecho: guerra continua y exterminadora. El asesinato de tres blancos en el estado de Virginia, motivó en 1622 una guerra feroz, en que se determinó por ley no entablar negociación de paz con los naturales, sino acabar con ellos. Otro asesinato cometido por los indios Pequods, es motivo suficiente, para que se los sorprendiera de noche en su pueblo principal, y se ponga fuego á sus chozas de paja. Unos mueren entre las llamas, y los demás que huyen del incendio, son recibidos por las balas de un cuerpo de soldados formados en círculo alrededor de la población. Poco después los Wampanoags matan á ocho ó nueve ingleses; noticia que arranca lágrimas de sen-

man, después de haber ponderado los adelantos que en número de habitantes, industria y población se notan:

«Se ve que hasta un pueblo compuesto de elementos heterogéneos, puede con el impulso dado por la dominación española hacer grandes progresos, bajo las circunstancias favorables de un clima templado.» (Pág. 541.)

Y del Paraguay:

«La influencia de los jesuitas y otros misioneros que han doctrinado á estos indios y enseñádoles los usos de la vida civilizada, se ha visto coronada con el éxito más brillante. Jamás se ha conseguido análogo resultado en una población donde la diversidad de razas y lo cálido del clima, y la inferior capacidad intelectual, favorecían tan poco.» (Ibid., pág. 546.)

Pues vemos trazado á grandes rasgos los resultados de la civilización católica, veamos lo que han obtenido los protestantes; y advierto que nos suministrará los datos el mismo autor, á quien copiamos en este capítulo. Dice así de las islas Barbadas:

«Entre todos sus demás vicios, la deshonestidad es una plaga asquerosísima. Según el último censo, más de la mitad de los nacimientos son ilegítimos.»

Y de la isla Trinidad:

«La amalgama de las razas Europea y Africana es en Trinidad aún más general que en las Barbadas. En Port of Spain el nivel de la moralidad está más bajo que en la Habana, hallándose los nacimientos en la relación de 136 ilegítimos por 100 legítimos.»

De Kingston, capital de Jamaica, dice:

«Sus habitantes, en general, están sumidos en la lujuria más vergonzosa: los hijos ilegítimos son más que los legítimos.»

timiento al cacique Philip, hijo del famoso Masassoit, favorecedor y amigo de los primeros colonos. Esto bastó, para que se encendiera una sangrienta guerra en que por ambas partes se derrochó el más sañudo encarnizamiento. Los indios destruyeron 12 poblados, quemaron 600 casas y mataron de 500 á 600 colonos. Pero, en cambio, ellos fueron exterminados por las carnicerías del capitán Church; así como los Narrangansets lo fueron por el capitán Winslow. De las guerras que los holandeses tuvieron con los indios, diremos con el historiador GÜGEMBERGER, que en ellas, el procedimiento usual y corriente consistía en matar tribus enteras en masa. (Véanse más pormenores sobre esta materia en la historia del citado GÜGEMBERGER, tomo III, números 93, 94, etc.)

Y luego transcribe lo que el periódico *The American Missionary* dijo de esta isla:

«Puede un hombre ser tenido por borracho, mentiroso, infractor de las fiestas, fornicador, adúltero, etc., y, sin embargo, al entrar en un templo ú otra reunión de sociedad, no hay porque le suban los colores ni se le caiga el rostro de vergüenza. ¡Son esos vicios tan comunes, que más bien disponen al público en su favor!»

Resumamos ya con Mr. Seaman:

«En todas las islas del dominio británico, la sociedad se halla profundamente desmoralizada: la holgazanería, las diversiones frívolas y una licencia desenfrenada reinan por todas partes; la industria y el trabajo están paralizados en las más de estas islas...» (Pág. 518.)

Nada nos extraña que las condiciones de civilización sean tan lamentables en una sociedad compuesta en su mayor parte de razas inferiores, cuya única norma para la vida del individuo, de la familia y aun para el orden social, son los principios tan elásticos y acomodaticios del protestantismo. Él predica doctrinas morales á los individuos, pero carece de poder para hacerlas aceptar, puesto que, prácticamente al menos, niega la divina institución de la familia, y con impugnar la igualdad de la naturaleza humana en todos los hombres, se priva del único medio capaz de establecer verdadera y sólida armonía entre los heterogéneos elementos que concurren en pueblos formados por razas diferentes.

Ciertamente, la verdadera civilización de un pueblo empresa es únicamente reservada al catolicismo; y sin él, cuantas tentativas civilizadoras se hagan, saldrán siempre irremisiblemente fallidas (1). Y si no, ¿qué ha hecho el protestantismo con los pueblos bárbaros que ha intentado civilizar? Lo único que ha hecho ha sido degradarlos, diezmarlos y poco menos que aniquilarlos.

(1) Así lo acaba de reconocer últimamente (1901) el profesor norteamericano Lawson, uno de los miembros más ilustres de la Iglesia Bautista y político de reconocida fama. Este señor, en un discurso acerca de la desmoralización y semibarbarie de la raza negra, en la parte Sur de los Estados Unidos, confesó que su secta había fracasado en cuantos medios se habían tomado para morigerarla, y que, por lo tanto, no veía para los pobres negros otro puerto de salvación que la Iglesia católica.

CAPÍTULO VIII

MISIONES CATÓLICAS Y PROTESTANTES ENTRE LOS GENTILES DE ASIA Y ÁFRICA

Un volumen entero llenaríamos, si quisiéramos tratar con la extensión que el asunto merece los maravillosos frutos que las Misiones católicas han reportado de sus trabajos entre idólatras, al par que la esterilidad á que se ve condenado el Protestantismo, no obstante los muchos millones de duros que anualmente expende en sembrar por el mundo sus doctrinas. Pero hemos de contentarnos con citar tan sólo un testimonio, aunque de extraordinario peso, por la autoridad del testigo, evidencia de los hechos que refiere, y, en fin, porque con sólo cambiar nombres, contiene la historia de todas las Misiones protestantes.

Dice, pues, así el Dr. Isaac Taylor, canónigo protestante de York, en un artículo intitulado «El gran fracaso de las Misiones,» que vió la luz pública en la revista *Fortnightly Review*. (Octubre de 1886.)

«Más de un millón de libras esterlinas sale cada año de nuestro país, y casi otro tanto de los Estados Unidos y otras naciones de Europa, con destino á nuestras Misiones. En ellas están empleados 6.000 misioneros europeos y americanos, y unos 30.000 indígenas, á título de ayudantes ó colaboradores. Ciertamente, lo que falta no es personal.»

A continuación demuestra que han fracasado completamente en la India, en China, en el Egipto, Persia, Palestina, Arabia y África, y se pregunta: «¿Cuál es la causa de tal resultado?» Á lo que responde:

«El Dr. Legge dice que la experiencia de treinta y cuatro años de misiones le ha enseñado que es imposible hacer fruto ningun-

no mientras las sectas cristianas no depongan esa acerba animosidad que divide á unas de otras; pues esto, junto con los ejemplos de embriaguez y disolución que á veces se observan en quienes menos debiera, y la noticia de los grandes males sociales que aquejan á las naciones europeas, produce en los neófitos un efecto funestísimo. El Obispo Steere igualmente señala como dos obstáculos insuperables la desunión de los misioneros entre sí, y las rivalidades que existen entre las diversas «Sociedades de propaganda protestante» (1), cada una de las cuales desea atraerse á sí los prosélitos. Y lo mismo viene á decir, en substancia, el secretario de la Sociedad de Misiones en la Presidencia de Bombay, mister Squires. Este señor, con sus 97 asistentes, ha bautizado el último año 36 adultos y 92 niños, para lo que ha hecho un gasto de 9.441 libras y pico. Las conversiones hechas por toda la Sociedad, después de sesenta y seis años de trabajos, no llegan á 2.000, mientras que el Clero romano está convirtiendo, educando y consolando á muchísimos miles con un pequeñísimo gasto, que, en su mayor parte, es recolectado entre los mismos convertidos.» (Pág. 493.)

»Á pesar de las crecidísimas sumas que las Sociedades invierten, tres cuartas partes de los que en la India profesan hoy la religión de Jesucristo son descendientes de los bautizados por los primeros Jesuitas. En los distritos que evangelizó Javier, el 90 por 100 de los cristianos son aún católicos romanos. Sólo en Travancor hay medio millón, es decir, el doble de cuantos prosélitos ha hecho la Iglesia anglicana en Asia y África. (Pág. 497.)

»Atinadamente observa Sir W. Hunter que el predicador de una nueva religión, como lo enseña la práctica de veinticuatro siglos, si quiere ganar los corazones, preciso es que renuncie al mundo por medio de un acto solemne, como el de la gran renuncia de Budha, y con la soledad y el ascetismo, se disponga á recibir el mensaje de que ha de ser portador. Pero nuestros misioneros no van por tales caminos. Por eso, á los ojos de los indígenas no son otra cosa que unos ingleses filantrópicos que abren una Escuela gratuita, chapurrean tal cual el indostánico, predicán en forma europea de encarnaciones y triadas análogas á las de Budha, y por las tardes salen de paseo, con su mujer y sus hijos, en un coche tirado por lindas jacas. ¡Si San Pablo, antes de salir para

(1) Hay 224 de estas Sociedades.

una de sus apostólicas excursiones, debiera exigir á un Comité de Jerusalén la pensión de 300 libras anuales, pagaderas por trimestres, y fuera cargado de un tren de mundos y baúles, y acompañado de esposa é hijos, ciertamente no hubiera cambiado la historia del mundo! (Pág. 498.)

»Este sistema, no sólo no es conducente, sino que va del todo descaminado. Es preciso adoptar el método que se usaba en los siglos que vieron convertirse al Imperio Romano y á las naciones bárbaras del Norte. Lo que hoy se hace no es sino contratar, alquilar unos cuantos hombres, que se imponen la profesión de misioneros; reclutar un ejército mercenario, que estará, si se quiere, bien disciplinado, pero que, al fin, como mercenario, nunca realizará las hazañas del soldado voluntario de la Cruz. Si queremos lograr algo, necesitamos hombres animados del espíritu apostólico, del espíritu de un San Pablo, de un San Columbano, de un San Javier. Estos hombres trajeron á naciones enteras á los pies de Jesucristo, y sólo otros como ellos, si tales hombres existen, han de ser los que recojan la abundante cosecha que se descubre en el campo de la idolatría. Hay que evangelizar, no por ganarse la paga que la Sociedad señala, sino puramente por amor de Dios. Hay que dar un adiós perpetuo á las comodidades, á las amistades y compañías de Europa, y despreciando hasta la propia vida, sin otra aspiración que la de ganar infieles, participar de la suerte de los indígenas y vivir entre ellos y como ellos. El General Gordon, protestante puritano, celoso si alguno le hay, decía que nadie sino los católicos romanos llenaban el ideal de abnegación y desprendimiento que él se había formado de un misionero apostólico. En la China halló que los misioneros protestantes estaban establecidos sólo en los puertos de mar, disfrutando de la pingüe renta de 300 libras, mientras que los católicos dejaban la Europa para jamás verla, y sin esposa ni hijos, sin salario ni comodidades, internábanse en el país y acomodábanse en un todo á los usos, costumbres y aun á la vida de los chinos. Por eso los católicos conseguían tan feliz éxito, y los protestantes nada, sino es confusión y vergüenza. Es que la empresa del verdadero misionero es empresa heroica, tan sólo reservada para los que están vaciados en el molde de los héroes.» (Págs. 499-500.)

Dice muy bien: tienen que estar hechos por el molde de donde salieron, por no citar más que contemporáneos, el renombrado P. Damián y sus dos sucesores los Padres Conrady y Wendelin,

que en la actualidad están sacrificando sus vidas por el consuelo espiritual y el alivio material de los infelices leprosos de Molo-kai (1). Pero ¿á qué citar el interminable catálogo de héroes católicos, de cuyos sacrificios sobrehumanos y hazañas memorables están llenas las historias? Cuando la Iglesia católica ha de enviar algún heraldo de la fe y de la civilización, le escoge de entre aquellos hijos que en su escuela han aprendido las sublimes lecciones del sacrificio y abnegación de todo afecto por amor de Cristo; y ellos, á fuer de aprovechados discípulos, van adonde se les manda, y saben sufrir gozosos cuantas penalidades les salen al paso.

Quien desee conocer la historia circunstanciada de las Misiones, así católicas como protestantes, de nuestros días, lea la preciosa y completa obra *Christian Missions: their Agents and their Results*, por T. W. M. Marshall.

(1) A mediados de 1901 ha ido á juntarse á estos dos apóstoles de los leprosos, hoy supervivientes, un tercer compañero, joven de veinticinco años, el P. Leur.